



CENTRO DE CULTURA CONTEMPORÁNEA

# CONDEDUQUE

ARTES ESCÉNICAS / CICLO CANELA FINA

## «MUCHA MUCHACHA»

17 Y 18 DE FEBRERO 2021

# «MUCHA MUCHACHA»

## FICHA ARTÍSTICA/TÉCNICA

GÉNERO  
Danza

DURACIÓN  
70 minutos

PÚBLICO  
General

ESPACIO  
Teatro

ESTRENO ABSOLUTO

EQUIPO ARTÍSTICO

DIRECCIÓN ARTÍSTICA Y CREACIÓN  
Mucha Muchacha y Celso Giménez

COREOGRAFÍA  
Mucha Muchacha

INTÉRPRETES  
Ana Botía, Marta Mármol, Belén Martí Lluch,  
Chiara Mordegliá y Marina de Remedios

DRAMATURGIA  
La tristura y Mucha Muchacha

DISEÑO DE ILUMINACIÓN  
Cristina Bolívar y Alván Prado

DISEÑO DE SONIDO  
Adolfo García

DISEÑO DE VESTUARIO  
funny swing

ASESORÍA ARTÍSTICA  
Violeta Gil

DIRECCIÓN TÉCNICA  
Cristina Bolívar

FOTOGRAFÍA  
Mario Zamora

VIDEO  
Iván Mozetich

Agradecimientos a Isla Aguilar, Raquel Alarcón, Natalia Álvarez Simó, Elvira Andrés, Alicia Calòt, Adrián Cores, Cristina Henríquez, Carmen Main, Marc Martí, Carlos Marquerie, Christian Maymó, Iván Mozetich, Carmen Muñoz, Miguel Oyarzun, Guadalupe Mera, Mercedes Pacheco, Centro Cultural Eduardo Úrculo, Centro Sociocultural de Moratalaz, Muchachas de la Fiesta Otoñal 2018 y Fiesta Fin de Curso 2019.

Una producción de Mucha Muchacha realizada con el apoyo del programa de ayudas a la creación y la movilidad del Ayuntamiento de Madrid.

Con la colaboración de las Residencias A Gatas 2019, dirigidas por el Centro Cultural Conde Duque, Teatro de La Abadía y la RESAD.

Mucha Muchacha son  
Ana Botía, Marta Mármol, Belén Martí Lluch y Marina de Remedios.



El juego se distribuye en la horizontal, y la energía parece que va formando un círculo; baja a las rodillas, y de ahí se convierte en grito. Llegan las jugadoras a su posición, que es la negociación de una escucha. Si tenemos en cuenta que en el flamenco – en realidad en cualquier danza – hay determinadas preguntas que han discurrido siempre a lo largo de su historia (¿Cómo unir coreografía y situación? ¿Qué significa bailar juntas? ¿Qué nos *baila* cuando bailamos?), aquí podemos encontrar algunas posibles respuestas. Mucha Muchacha despliega en su primera obra de gran formato (de estreno absoluto en Centro Conde Duque) una serie de marcas sobre el *campo* que es hoy esta escena.

Hay algo importante aquí: el trabajo directo con el archivo de imágenes que precede a cualquier gesto. Es difícil encontrar prácticas que trabajen con nuevas referencias: ver, por ejemplo, un zapateado o una vuelta que no estén enmarcados en la teatralidad de la danza española. Mucha Muchacha propone otro uso del vocabulario más allá del que se aprende en el aula (la máquina de ficción por excelencia), y que todos hemos incorporado visual y culturalmente, dando por hecho lo que esperamos ver. ¿Por qué no se puede zapatear en otra dirección? ¿Por qué no utilizar la planta y el talón con otro aire? Si el flamenco – que nació como una danza contestataria – recurre al grito, ¿no se puede gritar de otra forma? Y una pregunta más: si el mito mairienista de la pureza (cuidado con la mirada racializada al hecho flamenco y los discursos etnicistas y atávicos) ha configurado la mayor parte de los tópicos actuales, ¿por qué no buscar otras referencias de lucha y empoderamiento? La *haka mahori* con la que empiezan Las Muchachas es un ejemplo. Un rito de preparación antes de los partidos de rugby que popularizó la selección neozelandesa y que también sirve como material coreográfico al otro lado del mundo.

Hablo del grito porque hay una intención profundamente flamenca en empezar así. Casi como la “llamada” que antecede a un remate en un compás, así se presentan Las Muchachas para que nos acerquemos a ver qué está pasando. Y veo también códigos que atraviesan cualquier danza identitaria: el diálogo con el otro, los ritos de seducción como juego de contrarios, la diversión. Y el jaleo. En concreto en el flamenco es difícil ver situaciones en las que se reflexione sobre dar palmas y jalear. ¿Qué significa eso? ¿Se puede encontrar formas de compañerismo y cuidado mutuo, más allá del mero foco?

Mucha Muchacha está formado por Ana Botía, Marta Mármol, Belén Martí y Marina de Remedios. Además de compartir años de formación en el Conservatorio María de Ávila de Madrid, en el año 2016 comenzaron una investigación sobre las mujeres de la Generación del 27, las llamadas “Sinsombrero”: Maruja Mallo, Marga Gil, María Teresa León, Concha Méndez o Rosa Chacel, entre otras. Comienza así la gestación del colectivo, centrado en la innovación artística, la reflexión sobre la danza española y contemporánea, el feminismo y el empoderamiento del cuerpo en la escena a partir de lo comunitario y el ritual. En 2019 crean su pieza *Volumen 1*, que obtuvo numerosos premios: Premio Mejor Coreografía de Danza Española y Flamenco; Premio del Público y Premio Residencia Nave del Duende del VI Certamen Coreográfico del Distrito de Tetuán; Premio del Público en el Certamen Coreográfico 10 Sentidos 2019; Premio de programación Festival Flamenco Vancouver y Festival Flamenco de Madrid en el 28º Certamen de Coreografía de Danza Española y Flamenco; y Premio ACT 2020 a la mejor pieza corta. En este tiempo han ido definiendo también sus líneas de experimentación a partir de colaboraciones con otros artistas, como su reciente trabajo coreográfico en la obra *Renacimiento* de la compañía La Tristura (2020). De hecho, en la pieza que hoy vemos en Conde Duque vuelven a colaborar con ellos en la dramaturgia, además de la dirección (Celso Giménez) y la asesoría artística (Violeta Gil). Por otra parte, se suma además como intérprete la bailarina Chiara Mordegliá.

El derecho a jugar consiste en tomar la palabra (y el movimiento) y hacerlo. En realidad, esto es una fiesta y hay poco más que añadir, porque se irán produciendo las conversaciones, el vaso que se llena o el murmullo que se convierte en coincidencia. Oigo a Mucha Muchacha cantar una letra de trilla, otra de King África o hablar del ascendente astrológico en una primera cita, y pienso que habitar así la escena, con la honestidad del material propio y lo que está más próximo, es la mejor manera de construir nuevos imaginarios. La danza española, con todo el peso y la longitud que eso implica, se convierte en cuerpo vivo cuando se le deja respirar. Un campo vertical que se alegra, cuando se le permite, de ser horizontal.

Ana Folguera